

unidad

3

El DEBATE sobre la
NATURALEZA HUMANA

LA NATURALEZA HUMANA COMO PROBLEMA

Observaciones preliminares

Del mito a la ingeniería genética

LA MENTE Y EL CUERPO

Para empezar a aclararnos

Los procesos mentales y el yo

Alma y conciencia

La interacción entre alma y cuerpo: recapitulación

RAZÓN Y PASIÓN

La leyenda negra de las pasiones

Pasiones razonables y razones apasionadas

¿HACIA UNA NUEVA CONCEPCIÓN DE LA NATURALEZA HUMANA?

La bio-política

La influencia de las biotecnologías en la naturaleza humana

Cyborgs

LA VIGENCIA DE LA REFLEXIÓN FILOSÓFICA

El DEBATE sobre la NATURALEZA HUMANA

*E*n esta Unidad plantearemos uno de los misterios que más ha dado que pensar a los seres humanos: su propia naturaleza. ¿Quiénes somos? La pregunta no sólo se dirige a las ciencias, la filosofía y las artes sino que afecta a cada uno de nosotros en la vida cotidiana. Hoy ya no es posible cuestionar seriamente que procedemos de una compleja evolución biológica que se remonta a tres millones de años, cuando aparecen los primeros homínidos, y que todos los hombres actuales pertenecemos al mismo género *Sapiens* desde hace unos cincuenta mil años. Esto significa que compartimos una misma dotación genética, poseemos un cerebro básicamente idéntico y, con todas las diferencias que se quieran, participamos de una común naturaleza. Sin embargo, llevamos miles de años sin aclararnos sobre esa naturaleza que exhibe una profusión casi infinita de diversos modos de vida humana. Lo que sigue es una breve presentación histórico-crítica de algunos conceptos fundamentales para orientarnos en este laberinto.

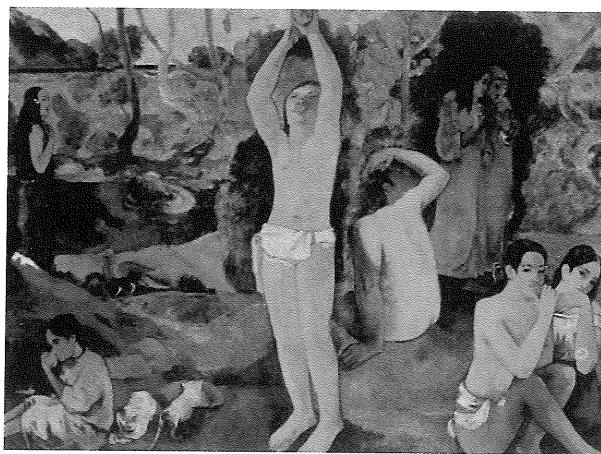
LA NATURALEZA HUMANA COMO PROBLEMA

3

70

Los medios de comunicación de masas muestran estilos de vida, rituales y creencias cuyo exotismo refuerza más nuestra perplejidad o indiferencia. Si nos sentamos frente a la televisión podemos familiarizarnos con la sociedad romana de Nerón, con los principios morales de los monjes de un monasterio tibetano, con los problemas de subsistencia del pueblo *Ku* en el desierto del Kalahari, o asistir, en directo, a una carga policial seguida del correspondiente desalojo contra un grupo de *okupas* sobre los que lanzan piedras unos cuantos rapados.

Como alguien ha comentado: «Los noticiarios de la televisión pretenden que cualquier vendedor de supermercado sea capaz de distinguir entre ingushes y chechenos, entre georgianos y abjasios (...). Se intenta que (...) nos preocupemos de sectas islámicas, milicias africanas y facciones camboyanas cuyos móviles nos resultan insondables».



El objeto de la pregunta fundamental para el ser humano es siempre él mismo. (¿De dónde venimos? ¿Quiénes somos? ¿Adónde vamos?, de Gauguin; detalle.)

Plantearemos inicialmente unas cuantas ideas sobre el debate en torno a este tema y sugeriremos sus límites: desde lo que podría denominarse una visión mítica, hasta las radicales modificaciones que las tecnologías genéticas prometen introducir en la experiencia misma de sentirse persona o ser humano. Después expondremos con algún detenimiento los principales puntos acerca de esta apasionante controversia.

OBSERVACIONES PRELIMINARES

Nos centraremos en las ideas, teorías e interpretaciones sobre la naturaleza del ser humano planteadas en el ámbito de la cultura occidental. Por consiguiente, asumiremos cierto etnocentrismo que, paradigmáticamente, podremos convertir en una ventaja al permitirnos adquirir cierta distancia crítica frente al propio título de la Unidad. Aquí no estudiaremos, pues, las interesantísimas versiones que ofrecen al respecto la mentalidad y sensibilidad china o india, por aludir a formas de ver el mundo muy alejadas de nosotros.

Por otro lado, conviene ser consciente de que cualquier *debate sobre la naturaleza humana* suele olvidar que, hasta lo que se ha llamado la *emancipación de la mujer* en nuestro siglo, la naturaleza humana siempre se ha entendido como la del varón. Para muestra, no tenemos más que examinar la famosa tabla de los elementos opuestos que se remonta a Pitágoras en el siglo VI antes de nuestra era. En ella se contraponen parejas de términos que sirven para situarnos o ponernos sobre aviso. En la misma fila de *lo bueno, lo luminoso, lo recto, lo limitado, lo uno, lo que está a la derecha* (o *lo diestro*)..., se sitúa *lo masculino*, mientras que *lo femenino* se corresponde con *lo malo, lo oscuro, lo curvo, lo ilimitado, lo múltiple y lo izquierdo o siniestro*.

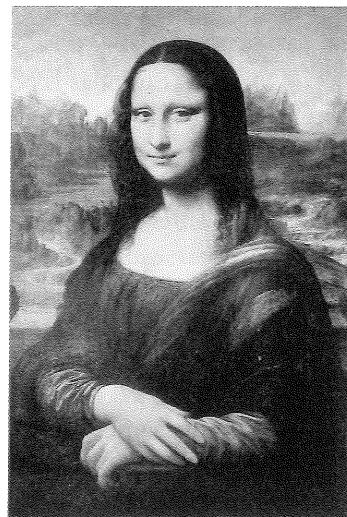
No se precisa demasiada erudición para continuar descubriendo correspondencias que parecen constituir una especie de columna vertebral de Occidente. Así, el Sol, la razón, el orden y lo abstracto remiten a lo masculino mientras que lo femenino se aplica, en general, a la Luna (y a aquellas y aquellos que son unos *lunáticos*), la fantasía, la imaginación, el desorden y lo concreto.

Las preocupaciones del hombre occidental sobre sí mismo giran alrededor de ciertas oposiciones características. Las más relevantes son las que titulan los epígrafes segundo y tercero: la relación entre mente y cuerpo, y la fractura entre razón y pasión.

Sobre la primera pareja puede afirmarse que ha dado lugar a escuelas filosóficas irreconciliables como el **monismo**, el **dualismo** y lo que podría denominarse **emergentismo**. La corriente monista defiende la unidad entre alma y cuerpo concibiendo a la primera

como principio vital y, por ello mismo, inseparable del cuerpo. Esta tendencia no cree en la inmortalidad de la mente o el alma. La escuela o corriente dualista que aparece y desaparece en determinados períodos históricos, separa de manera tajante mente y cuerpo. En general, concibe la mente como algo divino e inmortal que suele identificar con la capacidad de pensar: con la racionalidad que distingue al hombre del resto de los seres vivos. Para esta tendencia la mente no es otra cosa que el alma. El emergentismo podría definirse como una posición intermedia entre las dos anteriores. La mente sería una realidad distinta del cuerpo, del cerebro, aunque dependiente por completo de éste. El emergentismo posee una ventaja sobre las dos tradiciones anteriores y es su creciente éxito entre biólogos, psicólogos y filósofos.

Por lo que respecta a la segunda pareja (razón/pasión), hay que señalar que la mala prensa de las pasiones que caracteriza nuestra cultura no ha dejado de coexistir con tendencias que defienden su relevancia en la constitución de la racionalidad.



Hasta finales del siglo XIX, el debate filosófico en torno a la naturaleza del ser humano había relegado a la mujer al «misterioso» segundo término de una dicotomía cultural: *lo masculino/lo femenino*. (La Gioconda, de L. da Vinci.)

3

71



En nuestra cultura, el cuerpo ha sido considerado la fuente de los instintos más bajos. (El jardín de las delicias, de El Bosco.)



El complejo de Electra es el correspondiente femenino al complejo de Edipo. (Edipo y la Esfinge, de Ingres.)

DEL MITO A LA INGENIERÍA GENÉTICA

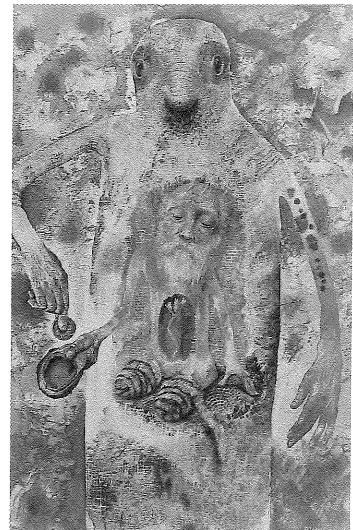
En todas las culturas estudiadas por antropólogos, ciertos mitos, con sus variantes, suelen esbozar, más o menos oscuramente, algunos rasgos que se consideran esenciales y reveladores de lo más profundo de la condición humana. Lo que resulta fascinante en estas narraciones es su capacidad de metamorfosis, de adaptarse a las diversas épocas, sin perder en lo más mínimo un ápice de influencia sobre el psiquismo humano. Por ejemplo, el mito de Edipo, que pondrá en escena Sófocles en el siglo V antes de nuestra era, es una variante de leyendas prehoméricas de muchos siglos anteriores y será utilizado en el siglo XX por Freud, con el fin de iluminar una de las etapas cruciales en el desarrollo de la psicología infantil. Veamos este fenómeno con un poco de atención.

Edipo, cuyo nombre significa *el de los pies hinchados*, es hijo de reyes y lleva en su ciudad, como príncipe heredero, una feliz existencia hasta que una fatalidad, una conversación oída por azar, siembra la duda en torno a sus verdaderos padres. En busca de sus orígenes, nuestro héroe acude al oráculo de Delfos. El dios Apolo, hablando a través de la pitonisa del templo, le comunica su aciago destino. Por una maldición, que se remonta a un lejano pasado y de la cual no es culpable, el dios le condena a cometer parricidio e incesto.

A partir de ese momento, la única obsesión de Edipo será evitar el retorno a su ciudad y el contacto con los que él, todavía, cree sus padres. En un cruce de caminos da muerte a unos hombres en una reyerta, uno de los cuales es Layo, el rey de Tebas: su verdadero padre. Edipo, en la pelea, se ha dejado arrastrar por su soberbia y colérico orgullo (la *hybris* griega) al cumplir la primera mitad de su destino. En sus posteriores andanzas llega a la apestada ciudad de Tebas, castigada con toda clase de calamidades por la Esfinge, el monstruo compuesto por un cuerpo de león y cabeza de mujer. La ciudad sólo se salvará por aquel que resuelva su enigma: *cuál es el ser que en sus primeros años anda con cuatro patas, en su madurez con dos y en su vejez con tres*.

El acertijo es rápidamente descifrado por Edipo que desprecia la ayuda de los dioses, recurriendo tan sólo «al vuelo de su inteligencia»: la solución es *el Hombre*. De nuevo su soberbia intelectual se pone de manifiesto cumpliendo así la segunda parte de su destino. En efecto, como recompensa, el extranjero desposará a la reina Yocasta: su verdadera madre. Finalmente, cuando el ciego adivino Tiresias desvela la trágica verdad, Edipo se arranca los ojos. Desde ese momento abandona la ciudad y, acompañado por sus hijas-hermanas Antígona e Ismene, vagará por toda Grecia, perseguido por las temibles Erinnias, vengadoras de los crímenes contra las leyes de la Tierra. Sólo la generosa hospitalidad de Teseo, rey de Atenas, permitirá a Edipo encontrar una muerte digna en un sagrado bosquecillo a las afueras de la ciudad.

Lo sorprendente y turbador es que dos mil cuatrocientos años después, la versión freudiana del mito se convierte en el célebre complejo que todo niño, *se supone*,



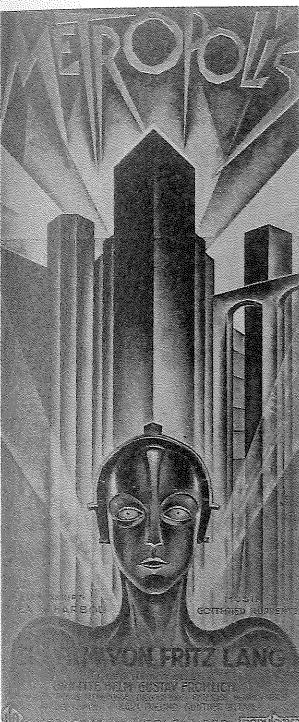
En la lógica de los pensamientos y las actitudes se esconden impulsos y represiones desconocidos. (El viejo noble inválido dentro de nosotros, de Linke.)

debe superar para convertirse en una persona adulta. En otras palabras, la seducción de la historia sigue siendo tan poderosa que llevamos un siglo entero *convencidos* de que, como Edipo, «el más desgraciado de los hombres», todos hemos deseado a nuestra madre y soñado con la muerte de nuestro padre.

Otro ejemplo de esa capacidad de la imaginación mitológica para atisbar dimensiones de lo humano que trascienden lugares y tiempos nos lo ofrece la leyenda hebrea del Golem. Según la tradición cabalística el Golem es un hombre artificial; una especie de robot muy anterior a la primera literatura de ciencia-ficción, creado de modo mágico, en abierto rebeldía contra el acto creador de Dios. Advierte la Cábala que, sin embargo, no se consiguió dotarle del uso de la palabra, el más noble de los atributos. El Golem simboliza, pues, y al propio tiempo realiza, el anhelo luciferino en el hombre, a saber, rivalizar con Dios.

Asimismo, en 1818, M. Shelley creó un personaje de ficción llamado Frankenstein, que fue objeto de múltiples versiones sucesivas para teatro, cine y relato gráfico. El tema consiste, también, en el remedio de *creación* por el hombre, en este caso el doctor Frankenstein, capaz de dar vida a un ser humanoide, compuesto de fragmentos de cadáveres. El ser es físicamente monstruoso, lo que muestra su perversidad moral. En las numerosas variantes de este mito moderno, el monstruo se vuelve contra su creador: sublevación del hijo contra el padre. Shelley lo relacionó con otra figura mitológica que simboliza el progreso técnico y sus peligros, Prometeo, el titán que en la tradición griega también creó a un hombre con barro y robó el fuego a los dioses para entregárselo a los hombres.

Al margen de las similitudes y recurrencias entre las variantes edípicas y las del hombre artificial creado por los propios hombres, lo cierto es que ese afán de competir con la divinidad se satisface en nuestro fin de milenio con la posibilidad, más que real, de clonar individuos o diseñar, gracias a la ingeniería genética, seres humanos a la carta. Algo que, por otro lado, aparece en forma de ficción en el *cyber-punk* de W. Gibson y su novela *Neuromante*, o en películas, como *Johnny Nemonic* o *Gattaca*.



La imaginación humana ha creado seres artificiales como símbolos del bien o del mal. (Cartel de la película Metrópolis, de F. Lang.)

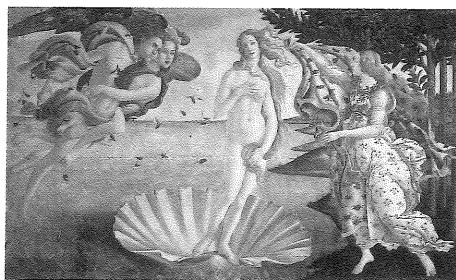
CÁBALA: doctrina esotérica y hermética cuya finalidad es descifrar en toda su plenitud los verdaderos mensajes ocultos en los cinco libros de la Tora.

LA MENTE Y EL CUERPO

Si, como hemos sugerido, en todas las épocas se ha recurrido a los mitos para intentar indagar en el enigma de lo humano, en Occidente esta interrogación ha adoptado también otra forma especial: la reflexión filosófica.

A partir de entonces, aparece el semblante del hombre oculto bajo el emoliente y tranquilizador concepto de sapiens. Se trata de un ser con una afectividad intensa e inestable, que sonríe, ríe y llora, ansioso y angustiado; un ser egoísta, ebrio, extático, violento, furioso, amoroso; un ser invadido por la imaginación; un ser que conoce la existencia de la muerte y que no puede creer en ella; un ser que segregá la magia y el mito; un ser poseído por los espíritus y por los dioses; un ser que se alimenta de ilusiones y quimeras; un ser subjetivo cuyas relaciones con el mundo objetivo son siempre inciertas; un ser

expuesto al error, al yerro, un ser híbrico que genera desorden. Y puesto que llamamos locura a la conjunción de la ilusión, la desmesura, la inestabilidad, la incertidumbre entre lo real y lo imaginario, la confusión entre lo subjetivo y lo objetivo, el error y el desorden, nos sentimos compelidos a ver al *Homo sapiens* como *Homo demens*.



La iconografía renacentista refleja el ideal de equilibrio entre mente y cuerpo propio del neoplatonismo.
(El nacimiento de Venus, de Botticelli.)

Nadie podrá reprocharle a Morin que no haya captado lo más esencial del enigma que plantea la existencia de una naturaleza como la del *Homo sapiens*: que somos nosotros precisamente. Nosotros, los que redactamos el libro y vosotros los que, acaso, tengáis ocasión algún día de leerlo o siquiera de echar un vistazo a algún capítulo antes del examen.

Aunque en el siguiente epígrafe aludiremos a evidentes distinciones entre mente y cuerpo, hay que insistir en su compleja y estrechísima interacción. Lo más admirable del género *Sapiens*, no es que posea una mente pensante que le diferencia del resto de las especies o un cuerpo admirablemente adaptado para sobrevivir en casi todos los ambientes,

sino, por el contrario, la mezcla de razón, sentimientos, imaginación, sueños, ilusiones y deseos. Un ser que, aún sabiéndose mortal, en lo más profundo de su mente-cuerpo y de su cuerpo-mente sólo acepta, en el fondo, la muerte de los demás.

3

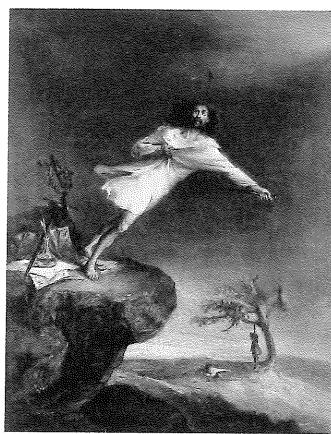
74

PARA EMPEZAR A ACLARARNOS

Aunque seamos una extraña combinación de razón y locura, de mentes que piensan, imaginan, desean o recuerdan y cuerpos que danzan, hacen el amor, lloran o duermen, a nadie se le oculta que existen notorias diferencias entre mente y cuerpo. La mente, como dice Hume en su *Tratado sobre la naturaleza humana*, es consciente, temporal, inmaterial, inextensa y se parece bastante a un «haz o manojo de percepciones sometidas a un perpetuo flujo y movimiento». Desde luego que no hace falta ser un gran filósofo para darse cuenta de algo así, aunque, como veremos más adelante, las cosas son bastante más complicadas. Quizá, después de todo, con tanta inestabilidad de percepciones y flujos, ¿no se esfuma acaso nuestra identidad personal?

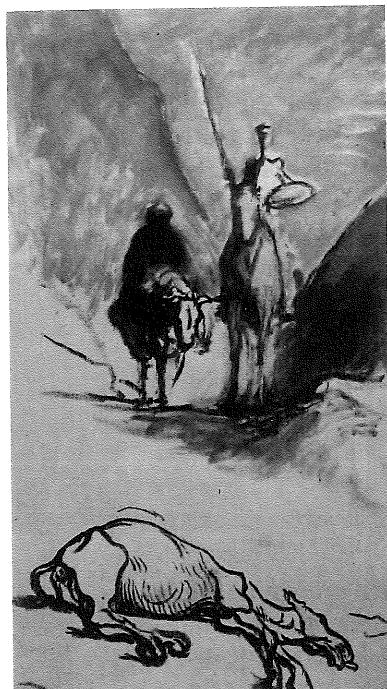
La mente percibe, imagina y toma decisiones que pueden ser tan drásticas como el suicidio. Probablemente esta sea la piedra de toque que haya determinado la concepción de lo mental como una realidad superior al cuerpo ya que, como hizo Séneca el estoico, posee la suprema capacidad de aniquilarse a sí misma y de paso a su cuerpo, abriendo las venas. Aunque no es menos cierto que se le puede dar la vuelta al argumento, presentando la decisión del suicidio como determinada por malestares y sufrimientos corporales insoportables. En un caso o en otro se mantienen las diferencias entre mente y cuerpo, pero a costa de términos tan ambiguos como *decisión*, *deseo*, *sufriimiento*... El problema es ¿quién decide, desea y sufre: la mente, el cuerpo, la mente-cuerpo o el cuerpo-mente?

Por otro lado, todos somos capaces de definir los cuerpos en general, y el nuestro en particular, como algo carente de conciencia, extenso, material, físico y tangible. Incluso algunos pensadores llegaron al convencimiento de que los cuerpos de animales y hombres eran autómatas, máquinas capaces de moverse por sí mismas y, como diríamos en la jerga de hoy, autoprogramarse.



La íntima conexión entre las dolencias físicas y los estados de ánimo que las explican, se le denomina psicosomatismo.
(Sátira del suicidio romántico, de Alenza.)

LOS PROCESOS MENTALES Y EL YO



Algunos pensamientos en apariencia lógicos carecen de sentido para la gran mayoría. (Don Quijote y Sancho Panza, de Daumier.)

Dejaremos, de momento, el tema de la interacción mente-cuerpo para manifestar algunas obviedades de nuestra experiencia mental. Existe en nuestra lengua una expresión muy castiza que lo dice casi todo sobre alma y procesos mentales: «no te comas el coco» o «no me comas el coco». La rica experiencia psicológica que encierra este tipo de exclamaciones y muchas otras como «sorber el seso» nos ofrece una pista de primer orden, a saber: que la mayoría de las personas «nos comemos demasiado el coco». No paramos de rumiar pensamientos, hacer proyectos para el futuro, sentirnos culpables de casi cualquier cosa o, por el contrario, *pasar de todo* sistemáticamente, lo cual no deja de ser otra fatigosa tarea. Estamos en permanente ebullición mental. No dejamos de imaginar cosas, de ilusionarnos o deprimirnos; de hacernos promesas a nosotros mismos o a nuestros allegados que, en el fondo, sabemos que no vamos a cumplir. Y esta misma trivialidad en la que incurrimos diariamente *dispara*, de nuevo, una especie de delirio interior como una cascada de sentimientos y emociones en las que se mezclan el desprecio hacia uno mismo con momentos de exaltación ególatra en los que nos creemos el ombligo del mundo.

W. James, un psicólogo americano, hablaba de *corriente de conciencia* para referirse a los procesos o fenómenos mentales. Y es que la mente no para ni siquiera cuando dormimos. Por el contrario, los sueños son la ilustración más perfecta de esta característica que define uno de los rasgos fundamentales del psiquismo

humano. ¿Cómo imaginar a un chimpancé *comiéndose el coco* cuando se rasca con alardos de placer la cabeza o las axilas? Una cosa es que se propine alegres puñetazos en el pecho y otra es que se diga a sí mismo: «*Já Cómo me lo monto, algún día seré el jefe de la banda!*». Los chimpancés, eso es seguro, piensan, desean, se emocionan, profieren alardos y algunos, sometidos a experimentos, han llegado a dominar un rudimentario lenguaje de más de un centenar de palabras. Pero lo que es seguro es que «no se comen el coco». Y la razón de todo ello es que, para bien o para mal, carecen de coco.

Porque, en esa *corriente de conciencia* no sólo se amontonan sensaciones de hambre, sed, inquietud, placer o dolor, que compartimos con los animales, sino que están plagadas de conceptos y abstracciones como, por ejemplo, yo, libertad, matrimonio, pasado, felicidad..., exclusivos de nuestra naturaleza. Y son estas entidades precisamente las que «nos comen el coco».

Ahora bien, ¿qué relación existe entre este discurrir interminable de procesos mentales y eso que acostumbramos a llamar ‘yo’? ¿Ese yo que constituye nuestra identidad es lo mismo que el alma? ¿Existe el alma?

El citado Hume lo tiene clarísimo:

No conocemos nada sino cualidades y percepciones particulares. En lo que se refiere a nuestra idea de cuerpo, un melocotón, por ejemplo, es sólo la idea de un particular sabor, color, figura, tamaño, consistencia... Así, nuestra idea de mente es sólo la idea de percepciones particulares, sin la noción de cosa alguna a la que llamamos sustancia, sea simple o compuesta.

3

76



Esa figura entrevista por la ventanilla de un tren pasará a formar parte de la corriente de conciencia. (Hijos y amantes, de Ditz.)

Este fragmento afirma que la ‘mente’ o el ‘yo’ no son otra cosa que un conjunto de *percepciones particulares*, que están sometidas a un «perpetuo flujo y movimiento». El filósofo disuelve la idea de mente del mismo modo que la idea de ‘melocotón’.

Si los melocotones, tan aparentemente sólidos y estables, no son objetos independientes o *sustancias*, sino un conjunto coherente de nuestras percepciones, ¿qué será del yo? El yo es todavía menos objeto, menos sustancia, pues su naturaleza es la de un flujo caótico en permanente cambio. Este escepticismo radical sobre lo más íntimo de la naturaleza humana conduce a un callejón sin salida, porque desaparece cualquier posibilidad rigurosa de explicar nuestra conciencia de identidad personal. La disolución del yo nos acerca al misterio de lo que la tradición ha denominado *alma*. Y a ello vamos.

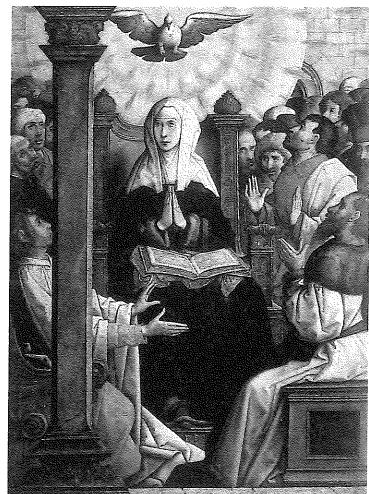
Las dificultades que plantea la definición del alma

Cuando mencionamos el término alma (*anima* en latín y *psique* en griego) nos situamos en el extremo opuesto de una mente reducida a un caos perceptivo. No es incompatible lo que hemos denominado «comedura de coco» con la convicción profunda de que cada uno de nosotros posee una identidad personal, no sólo basada en nuestra memoria sino, principalmente, en la conciencia de que todo ese flujo de sensaciones, percepciones, sentimientos, emociones, deseos y pensamientos *nos suceden a nosotros*. Esto es, en alguna medida, existen porque somos conscientes de ellos. Kant, lo dejó muy claro al mostrar que es imposible hablar con sentido de una sensación, un sueño o un pensamiento cualquiera sin un yo al que, por así decirlo, le pertenezcan o del que sea consciente.

Desde los orígenes de nuestra cultura ese núcleo profundo donde radica nuestra identidad y autoconciencia se ha denominado *alma* y ha sido concebida de múltiples formas contradictorias. Ahora mismo nuestro lenguaje refleja esa diversidad de significados. Hablamos de seres animados (plantas, animales, seres humanos) y seres inanimados (la materia inorgánica: rocas, nubes, estrellas). Lo animado se identifica con el mundo de la vida y lo inanimado con lo inerte. Cuando alguien muere pierde su alma, su pálpito vital. Asimismo, nos referimos a una obra de arte, figuradamente, atribuyéndole vida, energía, alma. Una persona *desalmada* es una bestia pues carece de los atributos de un auténtico ser humano. Por otro lado, no sólo en la tradición judío-cristiana, el alma remite a un espíritu inmortal que habita en nuestro cuerpo aunque indisolublemente ligado a él. El ansia de inmortalidad es una constante en muchas culturas y la mayoría de las religiones creen en un mundo espiritual más allá de la existencia terrena. El alma concebida como espíritu implica a menudo la identificación entre espiritualidad y racionalidad exclusiva de los humanos. En este sentido el alma sería aquello que nos diferencia del resto de los seres vivos, a saber, el pensamiento.

El denominador común de todas estas doctrinas recogidas por el lenguaje ordinario es la creencia en una realidad inmaterial e independiente del cuerpo aunque relacionada íntimamente con él. Algo que ha dado lugar a innumerables discusiones pero que trataremos de resumir en tres concepciones fundamentales.

Volveremos sobre esto.



En diversas culturas, el alma aparece asociada a los conceptos de inmortalidad y conocimiento. (La venida del Espíritu Santo, de J. de Flandes.)

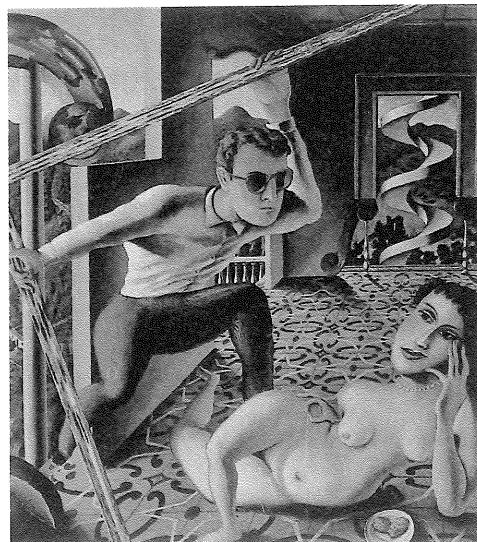
- La primera de ellas reduce, prácticamente, la naturaleza humana a un alma, identificada con la inteligencia o el *Nous*, preexistente a los cuerpos y que por una especie de pecado original se ha *encarnado* en uno de ellos. El alma es el principio racional de los seres humanos. Su *esencia* es ajena por completo al cuerpo cuyas pasiones enturbian la pureza de su carácter espiritual e inmaterial. El ser humano debe tratar de purificar su alma para que retorne a un mundo ideal al que pertenece desde la eternidad. Con diferentes matices esta posición, la más antigua, ha sido defendida por Pitágoras, Platón y la tradición cristiana.

PLATÓN, *Fedro*.

Describir cómo es exigiría una exposición que en todos sus aspectos únicamente un dios podría hacer totalmente, y que además sería larga. En cambio, decir a lo que se parece implica una exposición al alcance de cualquier hombre y de menor extensión. Hablemos, pues, así. Sea su símil el de la conjunción de fuerzas que hay entre un carro de alados corceles y un auriga. Pues bien, en el caso de los dioses los caballos y los aurigas todos son buenos y de buena raza, mientras que en el de los demás seres hay una mezcla. En el nuestro, está en primer lugar el conductor que lleva las riendas de un tiro de dos caballos, y luego los caballos, entre los que tiene uno bello, bueno y de una raza tal, y otro que de naturaleza y raza es lo contrario de éste. De ahí que por necesidad sea difícil y adversa la construcción de nuestro carro.

- La segunda concepción que representa mejor que nadie Aristóteles, entiende el alma como principio vital común a todos los seres animados. Todos ellos poseen vida pero en diferentes grados. Existe una vida *vegetativa* propia de las plantas; otra *sensitiva* que caracteriza a los animales y, finalmente, otra *racional* a la que otorga un carácter divino. Por lo que respecta, estrictamente, a los seres humanos, este autor mantiene que la razón es la actividad propia y exclusiva de los hombres, aunque no pueda existir separada del cuerpo, pues es ella la que otorga humanidad a la vida de los *mortales*. Coherentemente, Aristóteles, a diferencia de su maestro Platón, rechaza la inmortalidad de ese principio racional y divino, el alma, que desaparece con el cuerpo.
- La tercera es la más drástica y, entre otros, la defiende Descartes. Cuando anteriormente mencionamos a alguien que sostenía que los cuerpos eran autómatas, nos referíamos a este filósofo, para quien el alma se identifica con la conciencia. La mente es sustancia (*res cogitans*) en el más pleno sentido de la expresión, pues no necesita del cuerpo para subsistir. Es autosuficiente e inmortal. Descartes nunca llega a resolver el problema de la comunicación entre ambas sustancias, mente y cuerpo.

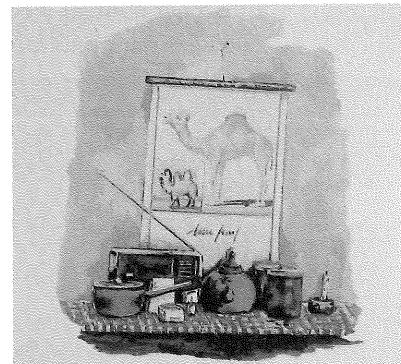
De las tres teorías, la cartesiana es, sin duda, la más difícil de asumir porque rompe por completo con la experiencia elemental de cualquier ser humano. ¿Quién pone en duda que una depresión o un estado de angustia producen úlceras de estómago o que un ataque de histeria puede conducir a una ceguera?



Para los griegos la psique significaba soplo, hábito, aliento y fuerza vital. (Asunto mitológico al atardecer, de G. Pérez Villalta.)

3

77



Bajo el término inanimado, que aplicamos a lo que carece de vida, subyace la concepción aristotélica de alma. (Spelunca, de M. Raysse.)

3

78



La creencia en la inmortalidad del alma es primordial para entender buena parte de nuestra historia.

(Hombre reflejado, de A. Jones.)

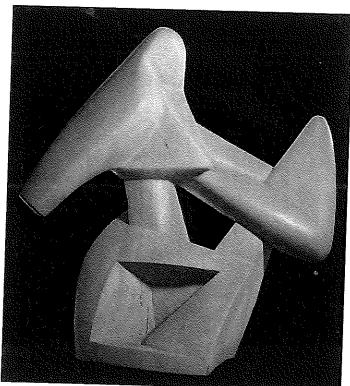
ALMA Y CONCIENCIA

Hasta ahora hemos revisado dos dimensiones de la mente. Una primera, como flujos de procesos mentales que conducían, directamente, a la disolución del yo y de la identidad personal (Hume), y una segunda que, en las antípodas de la primera, sostenía la existencia no sólo de un yo sino de un alma sustancial separable o separada radicalmente del cuerpo. Desde nuestro punto de vista, es Aristóteles el que se acerca más a la verdad o, al menos, a la sensibilidad de las ciencias y la filosofía contemporáneas. Ciertamente, no puede hablarse con rigor de un ser humano que no posea esa capacidad racional que le diferencia del resto de las especies. Y la razón, la inteligencia artificial, es, como para el árbol la función clorofílica o para el águila real su instinto depredador, la clave de

la naturaleza humana, de la vida humana. En este sentido puede considerarse a Aristóteles, con todas las salvedades, como precursor del emergentismo. La evidencia científica disponible dictamina que los fenómenos mentales son siempre resultado de procesos neurológicos que ocurren en el cerebro. O. Sacks, un famoso científico y un excelente divulgador, describe en libros como *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, la fascinante interacción entre lesiones del neocortex y toda suerte de trastornos en la memoria, el habla, la percepción y hasta la propia identidad personal. Más allá del monismo o del dualismo, el emergentismo acepta que la mente puede definirse como un conjunto de propiedades (conciencia, intimidad, intencionalidad...) que han *emergido* de la evolución de un cerebro material cada vez más complejo. De este modo se habla del binomio cerebro-mente como de dos realidades inseparables pero situadas a diferentes niveles irreductibles. Si es irrefutable que los fenómenos psíquicos dependen de la actividad bioeléctrica o de las conexiones neuronales, no lo es menos que son procesos que exhiben un grado superior en la escala evolutiva de la propia materia que llega a ser autoconsciente.

Existe, sin embargo, otra dimensión no menos importante a la que ya hemos aludido brevemente, la conciencia, considerada como una característica fundamental de la mente. El término procede del latín *cum scientia*, con conocimiento, y responde a una experiencia tan común como las dos anteriores, inscrita, asimismo, en el lenguaje ordinario. En efecto, se puede reprochar a alguien que «no tiene conciencia» para mostrar su falta de escrúpulos morales o su irresponsabilidad o su falta de madurez. Los niños adquieren conciencia en este sentido, y en otros, durante un largo aprendizaje. La expresión «hay que hacer las cosas a conciencia» apunta a que hay que tener control y conocimiento de lo que hacemos, por sus consecuencias para uno mismo y los demás.

Desde Descartes la mente humana es, para usar una metáfora, pura transparencia. Esto quiere decir que sólo podemos considerar propiamente pensamiento a aquello que nos pasa y de lo que tenemos conocimiento *cum scientia*, conocimiento consciente.



R. DESCARTES,
Meditaciones
metafísicas.

Conocí por ello que yo era una sustancia cuya total esencia o naturaleza es pensar, y que no necesita, para ser, de lugar alguno ni depende de ninguna cosa material. De manera que este yo, es decir, el alma por la cual soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo y hasta es más fácil de conocer que él, y aunque el cuerpo no fuese, el alma no dejaría de ser cuanto es.

La dualidad aristotélica forma-materia está en la base de los presupuestos teóricos de muchas explicaciones científicas. (Combate de boxeo, de A. P. Archipenko.)

En efecto, si todo lo que siento, imagino, percibo y pienso es falso, al menos soy consciente de una primera verdad y es que existo como un ser alucinado, engañado, pero que, por ello mismo, adquiere conciencia y conocimiento, de su estado de penuria intelectual. Kant lo expresa todavía con mayor claridad cuando sostiene que la conciencia del «yo pienso» debe acompañar a todas *mis* representaciones, sensaciones, percepciones o ideas, ya que de otro modo, *no serían nada para mí*.

Hoy, sin embargo, somos conscientes, diga lo que diga Descartes, de que existen en lo más profundo de nuestro psiquismo un montón de experiencias no necesariamente infantiles de las que no somos conscientes, porque han sido olvidadas o reprimidas debido a su carácter traumático. El psicoanálisis, del cual diremos algo más adelante, puede equivocarse en muchas de sus teorías, pero no hay duda de que la conciencia no recubre todo el *espacio* de nuestra alma, razón o pensamiento. Como decía Pascal, «hay razones del corazón que la razón ignora».



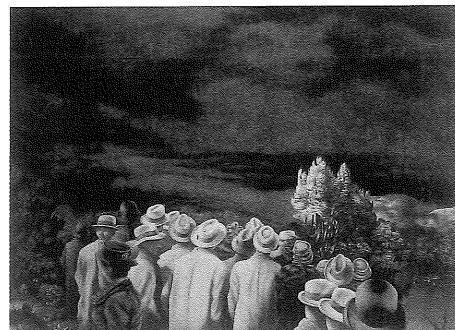
Para Descartes, la razón es la única que puede aceptar o rechazar determinadas emociones. (Presagio, de Siqueiros.)

Características de la conciencia

Antes de referirnos al descubrimiento del inconsciente no estará de más resumir los rasgos que definen a la conciencia en el sentido convencional. Para ello acudiremos al sentido común. Se dice: «no tengo *conciencia* de haber hecho tal cosa». Se dice: «el ser humano ha adquirido *conciencia* de su soledad en un mundo infinito». Podemos seguir indefinidamente con el *se dice*. Pero no lo haremos porque lo que nos interesa, como siempre, es aquello que va implícito en los usos del lenguaje ordinario, en lo que se llama *razón común*. Pues bien, ¿qué tienen en común todas esas expresiones? La respuesta parece obvia. En todas ellas hay un sujeto, individual o colectivo; en todas ellas hay un pensamiento y en todas ellas hay un objeto sobre el que versa el pensamiento. Esto puede parecerles a algunos el descubrimiento de la pólvora filosófica. ¿No es, acaso, demasiado evidente, como para prestarle atención?

A esta experiencia se la denomina **conciencia intencional**. La palabra procede del latín: *intendere* (tender a). Lo arriesgado de insistir en la intencionalidad, adelantada por Brentano y Husserl, es que si las cosas son así de simples, carece por completo de sentido la noción misma de una representación o pensamiento inconsciente. Pues si, en efecto, cumple esa condición, *no es nada para nosotros*. Sartre, por ejemplo, influido por los dos autores citados, jamás aceptó discutir sobre el inconsciente *descubierto* por Freud en su libro *La interpretación de los sueños*, publicado en 1900.

En la historia de la filosofía, en el eterno debate sobre la relación entre la conciencia y la realidad exterior, siempre habrá alguien como el aventajado discípulo heterodoxo de Descartes, el célebre obispo Berkeley, del siglo XVIII, que pueda hacernos perder los nervios. Simplemente este lúcido eclesiástico sostiene con toda seriedad y rigor que no existen cosas materiales. Que toda la inmensidad del cosmos y las criaturas terrestres no son otra cosa que percepciones que Dios, como si actuase como un proyector de cine, instala secuencialmente en nuestras almas. Ciertamente



Para Berkeley, la realidad exterior no existe: es una mera proyección de Dios. (Expectación, de R. Oelze.)



La muerte del padre simboliza la ruptura con un pasado que impide el desarrollo pleno del psiquismo individual.
(Saturno devorando a sus hijos, de Goya.)

el obispo británico supera con creces a Platón y al mismísimo Descartes que, finalmente, por la gracia de Dios, recuperó la creencia en la realidad de un mundo extramental. Para Berkeley el *debate sobre la naturaleza humana* sólo tiene una respuesta: no existe tal naturaleza, es pura realidad virtual, incluidos nuestros cuerpos, desde luego. Sólo existe un Dios y unas mentes. Bueno, al menos, una mente: la del propio obispo.

El significado del inconsciente

Existe un tópico que, no obstante, quizás convenga recordar. Y es que el ser humano ha sufrido hasta ahora tres grandes heridas que pusieron a prueba su narcisismo, es decir, su creencia de que era un ser situado en el centro del universo y creado por Dios a su imagen y semejanza. La primera es que la Tierra no es más que un planeta minúsculo en un universo en expansión saturado de miles de millones de galaxias. La segunda es que el *Homo sapiens*, nosotros, somos el producto de una compleja evolución biológica que comenzó hace unos tres millones de años. Si pensamos que la edad del universo se fecha en unos cinco mil o seis mil millones de años, el dato no deja de ser estremecedor: en realidad somos unos advenedizos, acabamos de aparecer y, por consiguiente, podemos desaparecer. Presentimos que ni la Tierra ni el cosmos nos van a echar de menos y que seguirán tranquilamente su andadura. La tercera supone que todo lo que llevamos dicho hasta ahora sobre el yo, la mente y la conciencia no es más que la cabeza de una especie de monstruoso *iceberg* que se hunde en lo que podríamos denominar las aguas del inconsciente.

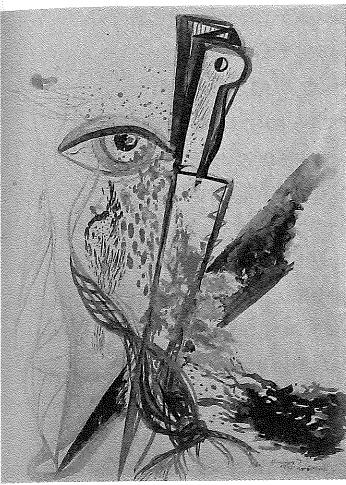
Si volvemos a Platón o a Aristóteles podemos percibir algo del descubrimiento freudiano, adelantado por el romanticismo alemán y, singularmente, por Nietzsche. La visión de la naturaleza humana griega, salvando las diferencias, es dinámica y conflictiva: el ser humano se encuentra desgarrado, como en el mito del carro alado, por tres fuerzas que representan, respectivamente, la razón, el autocontrol o la fuerza de voluntad y, finalmente, los deseos más bajos que compartimos con del resto de las especies: sexualidad, hambre, sed...

Pues bien, el psicoanálisis freudiano mantiene esta visión agónica pero invierte la estructura. Serán los deseos concebidos como instintos o pulsiones los que dominen casi por completo nuestra vida psíquica. Estos instintos son dos: *Eros* y *Thanatos*. El primero representa

los impulsos eróticos y sexuales en un sentido muy amplio. El segundo es más siniestro porque implica un placer innato en la destrucción de nuestros semejantes y, a veces, de nosotros mismos. A esta parte oscura le llama Freud el *ello* y se caracteriza porque requiere satisfacciones inmediatas al margen de las normas y leyes de la civilización. En lo relativo al segundo caballo platónico, el bueno, Freud lo interpreta como el *superego* y lo concibe como una especie de policía interior que nos coacciona constantemente a respetar las normas de nuestra familia, sociedad y cultura. Además se encarga de reprimir todos los deseos que atenten contra la convivencia social y, en su caso, de hacernos sentir culpables. El auriga o conductor del carro es el yo o *ego* que representa la mente o el yo conscientes. Freud ya no habla de alma en un sentido sustancial, porque sería incompatible con sus esquemas.



En los sueños podemos encontrar claves explicativas de nuestros comportamientos cotidianos.
(La venganza del pez de colores, de S. Skoglund.)



Los principios de placer y de realidad regulan las fuerzas instintivas de tipo biológico-sexual.
(La guerra II, de I. Amos.)

Dicho en pocas palabras: uno de vosotros, empujado por el *ello*, siente unos deseos poderosos de *hacer pellas* durante una temporada. Entra en acción, entonces, el *superego* y te recrimina severamente amenazándote con todo tipo de desastres si lo haces: darás un disgusto a tus padres; a lo mejor suspenderás varias asignaturas o incluso tendrás que repetir curso. Finalmente, el *ego* zarandeado por esas dos temibles fuerzas se limitará, quizás, a una solución de compromiso.

El *ello* es innato mientras que el *superego* se va adquiriendo mediante la aceptación sucesiva de las normas que impone cada cultura. El *ego* puede enfermar, volverse un neurótico, por ejemplo, obsesionado compulsivamente por lavarse las manos o ducharse varias veces al día cuando es incapaz de dominar los conflictos entre el *ello* y el *superego*. Freud, que era un gran pesimista acerca de la naturaleza humana, llegó a profetizar en su último libro, *El malestar en la cultura*, publicado el mismo año de su muerte y del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, que los seres humanos no tenemos remedio y que, a medida que somos más *civilizados*, se desarrollan en

proporción directa las fuerzas que acabarán arruinando esa misma civilización.

Si echamos un vistazo a las matanzas de nuestro siglo parece que no le falta razón aunque, como veremos, quizás, después de todo los seres humanos estemos a las puertas de modificar por completo nuestra naturaleza, creando un *mundo feliz*, como en la obra de A. Huxley. En la actualidad el inconsciente freudiano es admitido, en general, por psicólogos, filósofos y científicos. Otra cosa muy distinta son otras partes de su teoría como la supuesta sexualidad infantil y el célebre *complejo de Edipo* que han sido sometidos a severas críticas y suscitaron, desde luego, el rechazo unánime de la sociedad vienesa de su época:

3

81

S. FREUD,
*Introducción al
psicoanálisis.*

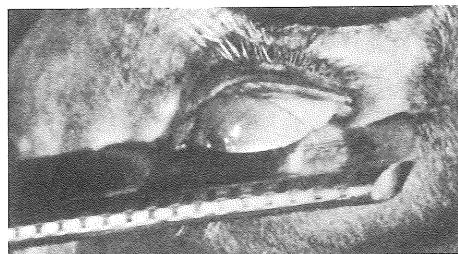
Siento que hacéis un esfuerzo sobre vosotros mismos para no interrumpirme y gritar: ¡basta de horrores! ¡Pretender que la defecación es una fuente de satisfacción sexual utilizada ya por el niño de pecho y que los excrementos son una sustancia preciosa y el ano una especie de órgano sexual! No podremos creerlo jamás y comprendemos por qué los pediatras y pedagogos no quieren saber nada del psicoanálisis ni de sus resultados.

LA INTERACCIÓN ENTRE ALMA Y CUERPO: RECAPITULACIÓN

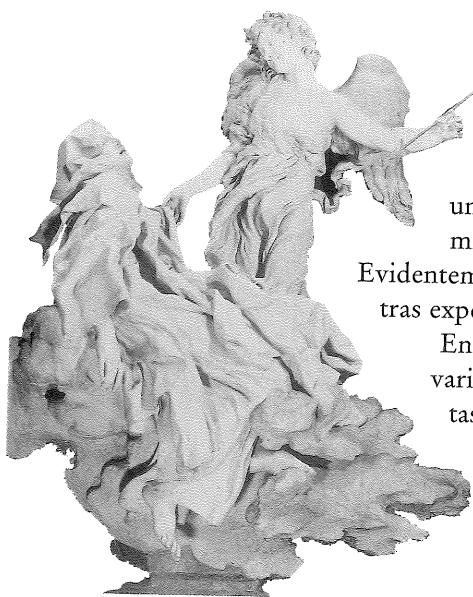
Hemos mencionado, hasta ahora, cuatro formas de interpretar los fenómenos mentales o espirituales:

- como un yo insustancial concebido como simple flujo de percepciones (Hume);
- como diferentes modalidades de alma sustancial (Platón);
- como pura conciencia (Sartre);
- como una estructura compleja dominada por los impulsos del inconsciente (Freud).

Resumiremos brevemente, para terminar, cómo se han interpretado dentro de estas cuatro tradiciones las relaciones alma-cuerpo.



Ahondar en los procesos mentales supone muchas veces rasgar la estructura consciente del yo. (Fotograma de Un perro andaluz, de L. Buñuel.)



En estados de profundo arrobamiento interior los límites entre alma y cuerpo se difuminan y llegan a desaparecer.
(Éxtasis de Santa Teresa, de Bernini.)

3

82

En la primera, la mente como un yo insustancial, radicalmente escéptica, ni siquiera tiene sentido plantear el problema. El cuerpo propio como cualquier otro objeto del mundo no es otra cosa que un conjunto de percepciones dotadas de cierta estabilidad que nos permite reconocernos, más o menos, cada día, al mirarnos en el espejo. Evidentemente sostener algo semejante no soluciona ningún problema de nuestras experiencias vitales cotidianas.

En la segunda forma, la mente como alma sustancial, se pueden distinguir varias doctrinas ya mencionadas que se conocen como monistas y dualistas. Se denominan monistas a las teorías que, aún diferenciando claramente lo mental y racional de lo corporal, físico e irracional, sostienen su identidad y unidad indisoluble.

Demócrito, el filósofo que acuñó el concepto de átomo, contemporáneo de Sócrates, fue un filósofo materialista para el cual la mente estaba formada por átomos como el resto de los cuerpos, si bien con diferentes propiedades y naturalezas. Demócrito y su escuela influyeron en otros monistas materialistas como Epicuro y Lucrecio. Aristóteles, con todas las salvedades, puede ser considerado, también, un monista en la medida que insiste en

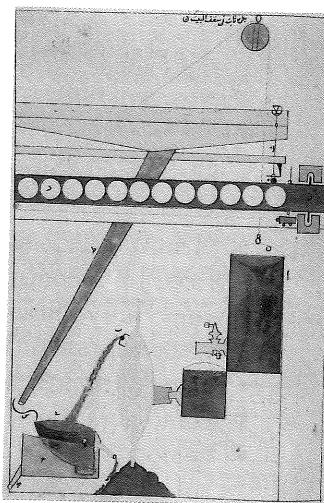
la unidad indisoluble entre alma y cuerpo. Asimismo, algunos autores dieciochescos como La Mettrie y su *hombre máquina* comparaban los pensamientos con el resto de las secreciones corporales para asustar a las marquesas. Lo cierto es que a partir de Marx y Nietzsche el monismo materialista se impuso dominando todo el siglo XIX, aunque coexistiendo con otras corrientes de tipo judeocristiano. La ventaja del monismo materialista es que explica muy bien fenómenos de nuestra experiencia cotidiana como el hecho de que una lesión cerebral producida por un tumor nos haga perder la memoria. Lo que no explica es que una cosa es la experiencia *interna* y personal de perder la memoria, con todo lo que implica de desolación y desintegración de la personalidad, y otra muy distinta observar, por así decirlo, desde fuera, la naturaleza y extensión del tumor.

Existe, por cierto, otro tipo opuesto de monismo —el ya mencionado del obispo Berkeley y otros pensadores— que sostiene la sola existencia de mentes espirituales e inmateriales, y los cuerpos son una ilusión derivada de las secuencias perceptivas que Dios envía a nuestras mentes.

Se llaman dualistas, por otro lado, a aquellas doctrinas como las de Pitágoras, Platón o Descartes que mantienen, a veces contra toda evidencia, especialmente insostenible en el caso de Descartes, la separación tajante entre alma y cuerpo concebidos como dos sustancias de naturaleza por completo diferentes.

En la tercera forma, la muerte como pura conciencia, hay que incluir todos los planteamientos que identifican al hombre con su autoconciencia, que si bien no incurren en la locura cartesiana de considerar meros autómatas a los cuerpos, no dejan de diferenciar con excesiva claridad lo mental-consciente que se pretende transparente en todo momento a nuestra inspección racional, de lo corporal-inconsciente e inerte.

Por último, la cuarta forma, basada en el inconsciente, intentará *resolver* los problemas de esta postura, el psicoanálisis insistirá en una concepción materialista y dinámica de la personalidad y naturaleza humanas dominada por los instintos de *Eros* y *Thanatos*, los cuales manejan a su antojo los pensamientos y decisiones del *ego* en una especie de platonismo invertido. Los



El materialismo ilustrado no concebía el alma separada del cuerpo. (Tratado de autómatas, de Al-Yazir.)

herederos del darwinismo, Freud y, en general, la mayoría de los psicólogos contemporáneos, sostienen una concepción compleja y dinámica de la naturaleza humana, según la cual habría que partir del proceso de hominización y las diversas etapas en el desarrollo de la especie humana. La idea fundamental es que estamos ante una concepción emergentista que niega todas las discusiones que no contemplen de un modo filogenético y dinámico las relaciones mente-cuerpo. Por otro lado, este tipo de teorías suelen salvar los mencionados escollos del materialismo al sostener un paralelismo psicofísico que acepta la determinación cerebral de los fenómenos mentales pero sin *reducirlos* a simples procesos cerebrales. Por decirlo de manera sencilla, y usando el ejemplo anterior, un tumor cerebral es un hecho físico, corporal, extenso..., que *ocasiona* ciertas experiencias espirituales (en este caso, habíamos dicho, de desolación y desintegración de la personalidad) que, por así decirlo, *pertenecen exclusivamente* al individuo que las sufre, aunque éste haga todos los esfuerzos posibles por comunicarlas.



Para Freud, el instinto de muerte se expresa mediante el odio y la destrucción, ya que en el ser humano hay una agresividad cruel. (¿Thanatos?, de Malczewski.)

RAZÓN Y PASIÓN

Aunque razón y pasión están ligadas a la problemática alma-cuerpo hasta el punto de que resulta un tanto artificial estudiarlas por separado, no es menos cierto que se puede profundizar algo más en la naturaleza humana visitándola desde esta supuesta pareja de opuestos. Es cierto que en ciertas corrientes filosóficas, como ya hemos visto, el alma se equipara a razón y el cuerpo a pasión. Tal es el fondo del mensaje platónico y algo parecido ocurre con el alma o la «sustancia pensante» (*res cogitans*) de Descartes. Para este filósofo, aunque dicha sustancia pensante se declara independiente del cuerpo, tiene que luchar paradójicamente contra los *espíritus animales* que proceden de éste y amenazan con enturbiar los ojos del alma. Que un gran pensador como Descartes incurra en una contradicción tan mayúscula nos debe estimular a investigar cuáles son las verdaderas causas de ello. No en vano, según Goya, «el sueño de la Razón produce monstruos».

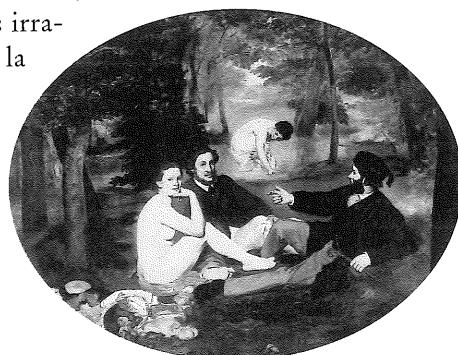
3
83

LA LEYENDA NEGRA DE LAS PASIONES

En principio, las pasiones han *padecido* una leyenda negra desde que han surgido en el horizonte de nuestra cultura. En la tabla pitagórica de los opuestos, aunque no se nombren literalmente, es obvio que se alinean del lado *femenino*, del desorden, de las emociones incontrolables, de los arrebatos iracionales, de la locura o posesión demoníaca, del *amor loco* a la luz de la *luna*...

De nuevo, nuestro idioma recoge fielmente esta devolución de lo pasional con multitud de expresiones como «se dejó llevar por una pasión que le sorbió el seso». O «le ha hundido su pasión por el juego». La pasión amorosa se percibe a menudo con frases como «hay amores que matan». Asimismo, resulta habitual presentar situaciones o formas de existencia del modo siguiente «no vive más que para los libros» o «para hacer dinero».

La pasión se percibe socialmente como una fuerza capaz de convertir al ser humano en una bestia irracional.



Abandonarse al placer de los sentidos supone la ausencia de toda utilidad y necesidad. (Almuerzo en la hierba, de Manet.)



El disfrute de la vida no tiene por qué venir dado por la desmesura y la desproporción de las pasiones. (Mujeres de Argel en sus habitaciones, de Delacroix.)

Todos los días en la televisión o en la prensa salen crímenes pasionales que, por otro lado, pueden resultar *apasionantes*, lo cual, como veremos más tarde, no es lo mismo. Los celos obsesivos, por ejemplo, son una experiencia terrible para aquel o aquella que los *padece* y reflejan todo un mundo de fenómenos psíquicos incontrolables por la razón que pueden llevar a la locura. La pasión mata cuando nuestra razón se deja aniquilar por ella. La razón es impotente ante una pasión que la *invade*. Por ejemplo, hay individuos que no pueden evitar, a sabiendas de los peligros para su hacienda y familia, gastarse todos sus dineros en juegos de azar y endeudarse hasta llegar a perderlo todo salvo la razón: lo cual, según G. K. Chesterton, es la mejor definición de la auténtica locura. Algo, por lo demás, preocupante en un país como el nuestro, lleno de casinos y

bingos, además de primitivas, bonolotos, tragaperras, quinielas y *porras* de todo tipo. Pero vayamos directamente a los orígenes de la leyenda negra.

SÉNECA,
Cartas a Lucilio.

Permíteme, ¡oh Lucilio!, el mejor de los hombres, decirte algo más con mayor osadía; si ningún bien puede ser mayor que los otros, yo antepondría esos que parecen tristes a aquellos otros, muelles y delicados y les proclamaría mayores; mayor empeño es quebrantar las asperezas que moderar las blanduras. Sé que es la misma razón soportar la fortuna con seso y la calamidad con fortaleza.

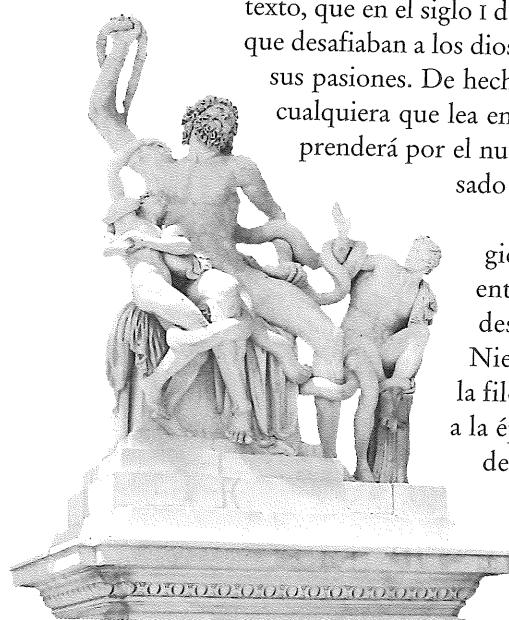
3

84

En este texto de Séneca, filósofo del cual ya hemos hablado al comienzo de esta unidad, se refleja con terrible rigor lo que la escuela estoica consideraba la mayor virtud para llevar una vida de acuerdo con la *auténtica* naturaleza humana. Parece, si leemos detenidamente el texto, que en el siglo I de nuestra era nos encontramos a años luz de aquellos héroes trágicos que desafiaban a los dioses arrebatados por su *hybris*, por su soberbia y orgullo, es decir, por sus pasiones. De hecho, sólo hemos mencionado a dos de ellos: Edipo y Prometeo; pero cualquiera que lea en Homero las aventuras de Ulises o las de Aquiles o Héctor se sorprenderá por el nuevo tono que adopta ahora el *carácter heroico*. Ciertamente han pasado siete siglos y las cosas han cambiado sustancialmente.

El cambio se puede resumir como el paso de una concepción trágica del hombre a una concepción filosófica. Cualquiera que deseé entender a fondo este largo proceso puede acudir a una de las grandes obras del pensamiento occidental: *El origen de la tragedia*, de Nietzsche. Nosotros hemos de contentarnos con una constatación: la filosofía, a partir de Sócrates, en el siglo V antes de Cristo, sustituye a la épica y tragedias de los viejos poetas como fundamento educativo de los ciudadanos de la *polis*.

La filosofía deja de creer en los dioses olímpicos para sostener una especie de monoteísmo muy diferente del judeocrístico. Sócrates, Platón y Aristóteles mantienen con poderosos argumentos la existencia de un único principio. La Verdad, así con mayúscula, consiste en la contemplación de esos nuevos dioses que, curiosamente, son eternos y se desentienden de los asuntos humanos. Ahora bien, para llegar a esa Verdad hay que



Pasiones poderosas, como el orgullo, la soberbia o la avaricia, marcan el destino trágico de los héroes de la mitología griega. (Laocoonte y sus hijos.)



Spinoza definió la alegría como el paso del hombre de una menor a una mayor perfección.
(Nodrizas, de Sorolla.)

ejercitarse en la dura y *varonil* disciplina de la dialéctica: un arte descubierto por Sócrates, divulgado por Platón y formalizado por las leyes de la lógica aristotélica.

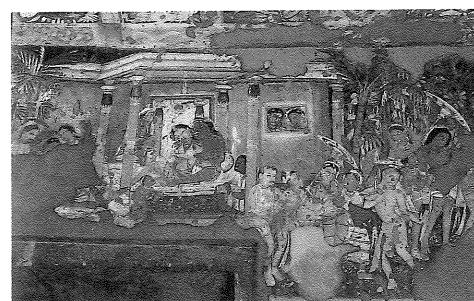
En el fondo, todo ello no significa otra cosa que aprender a pensar, a elaborar conceptos metódicamente hasta llegar a ese Principio Supremo que debe ser la guía de la conducta humana. No olvidemos que Sócrates es condenado a muerte por burlarse de los dioses olímpicos y Platón pretendió toda su vida crear una *República* o ciudad ideal presidida por los más sabios, aquellos que habían contemplado la Verdad Suprema: el Bien y la Belleza. La filosofía, desde entonces, hasta los epicúreos, cínicos y estoicos se embarca en una búsqueda de la felicidad a través del ejercicio de la virtud.

Y la virtud, de *virtus* (fuerza, energía) se entenderá, paulatinamente, como un nuevo tipo de heroicidad que consiste en soportar, sin el más ligero pestaño, las desdichas que destruyen la armonía del alma humana cuando se deja dominar por las pasiones. El *Logos* (Razón) estoico es la mejor expresión de este juego con aquello, lo pasional, que amenaza aniquilarlo. Es una razón que anhela conseguir un estado de *a-pathía*, cuya mejor traducción es la de control

absoluto sobre nuestro *pathos*. Tal será la receta para acercarse a la felicidad que nos asemeja a ese Dios que vive en un estado de eterna imperturbabilidad o *ataraxía*, si queremos recurrir al término griego. La *a-pathía* no debe entenderse, sin embargo, como despreocupación por los avatares del mundo y del propio yo. Todo lo contrario: es un estado del ser humano que acepta con cierto *alegre* fatalismo todo aquello, lo bueno y lo malo que le sucede. Con enorme sabiduría, que recuerda ciertas actitudes del budismo indio y del taoísmo chino, de lo que se trata es de disolver nuestro *ego*, para lo cual, paradójicamente, se recurre a la razón. Las cosas *son como son* y carece por completo de sentido intentar transformarlas. La raíz más profunda de las desdichas humanas estriba en la creencia de que somos individuos únicos aislados de los ritmos misteriosos y desconocidos del Cosmos. Asumir los sufrimientos y la muerte con naturalidad casi llega a ser preferible, como sentencia Séneca en el fragmento, que *perdernos* en una alocada carrera en busca de la satisfacción, siempre frustrante, de nuestros deseos.

PASIONES RAZONABLES Y RAZONES APASIONADAS

Frente a esta actitud extrema de Séneca se sitúan una pluralidad de doctrinas o teorías que abogan por una especie de armisticio o convivencia pactada entre razón y pasión. Al fin y al cabo no siempre las pasiones acarrean desgracias. Aquellas relacionadas con las dimensiones más nobles de la existencia, como la búsqueda del conocimiento, la experiencia estética o el amor, no sólo no son necesariamente incompatibles con el mundo pasional, sino que lo necesitan como energía que permita el ejercicio de su plenitud. Quizá la mejor ilustración que nos viene a la mente, al reivindicar las *pasiones razonables*, sea la actitud de Schopenhauer. Buen conocedor de estoicos y orientales, este autor consigue encontrar un punto medio, más allá de su crónico pesimismo sobre la naturaleza humana, abandonando lo que denomina la esfera de la *voluntad*.



Uno de los principios que enunció Buda es éste: «el dolor sólo se quita eliminando el deseo». (Ilustración del Visvantara jataka budista.)

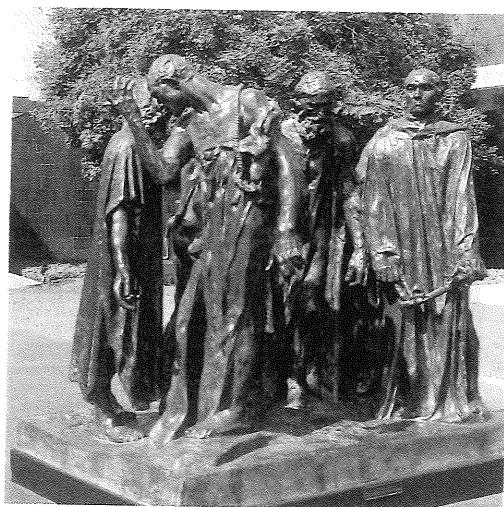


Nietzsche, en su alegato en favor de la Vida, reivindica los valores terrenales del placer y de las pasiones.
(El almuerzo de los remeros, de Renoir.)

mente, nada tiene que ver con su significado ordinario. Para Nietzsche, platónicos, estoicos y hasta Schopenhauer, al que tanto debe su pensamiento, tenían miedo a la Vida. El desprecio de las pasiones es el origen del nihilismo, auténtica enfermedad de Occidente que ha vivido, según este autor, de espaldas a los valores del cuerpo, de la volubilidad y del goce en general. Nietzsche utiliza su razón, valiéndose de una prosa llena de fuego, para denunciar no sólo la supuesta decadencia de Occidente, propiciada por la alianza entre los *alucinados del trasmundo* (platónicos) y los discípulos del *Crucificado*, sino que va más allá, proponiendo un nuevo tipo de hombre: una especie de *Superhombre*, infinitamente alejado de cualquier moral y cuya meta no es otra que la de dar un gran salto en la historia de la humanidad para recobrar el gusto por aquellos placeres que adornaban a dioses y héroes en el mundo antiguo.

NIHILISMO: del latín *nihil*, *nada*. Doctrina filosófica y estética que rechaza por completo la cultura de Occidente por haber reducido a la nada los supremos valores de la Vida. Occidente se habría refugiado en mundos ideales, cielos o paraísos olvidando la llamada de la Tierra.

¿HACIA UNA NUEVA CONCEPCIÓN DE LA NATURALEZA HUMANA?



La Revolución Francesa supuso el triunfo de la burguesía como tercera clase, que extendió sus ideas liberales en el siglo XIX.
(Los burgueses de Calais, de Rodin.)

El Siglo de las Luces, en su lucha contra los dogmas y supersticiones que atenazaban la imaginación popular, se caracteriza por un optimismo radical, convencido de que a través de la técnica y la soberanía popular comenzaba una etapa que iba a transformar no sólo la historia de la humanidad sino también la propia naturaleza humana. Los enciclopedistas ponen por vez primera al alcance de todos un *Diccionario* de las ciencias, la filosofía y las artes mecánicas.

Sin embargo, las cosas comienzan a torcerse. Las artes mecánicas experimentaron, sin duda, un desarrollo vertiginoso a través de la Revolución Industrial con la invención del telar mecánico y la máquina de vapor. Se produjo un crecimiento sin precedentes en las ciudades, impulsado por nuevas industrias y fábricas que pronto dibujaron un paisaje familiar a todos nosotros. El desarrollo de un nuevo sistema económico, el capitalismo, suscita la aparición de nuevas clases sociales: burgueses

y proletarios, diferentes, por completo, de los aristócratas y siervos de la gleba del antiguo régimen.

Por desgracia, muy pronto comienza a hacerse evidente que las condiciones de vida de las clases trabajadoras se tornan tan precarias que surgen todo tipo de utopías sociopolíticas para hacer efectivas la igualdad, libertad y fraternidad que habían impulsado la Revolución Francesa. Todas ellas, incluida la más influyente, el marxismo, confiaban en la posibilidad de reconciliar al hombre con su *auténtica* naturaleza. Y todas terminaron en sendos fracasos, abriendo la era de los imperialismos que desencadenaron las dos grandes Guerras de nuestro siglo.

Sobre la cifra aterradora de muertos producidos por el estalinismo y el nazismo la mejor imagen de esa naturaleza humana que había soñado la Ilustración será la de los millones de cadáveres acumulados en los campos de exterminio. El pesimismo que siguió a este cúmulo de barbaries reabrió la pregunta sobre la naturaleza y sentido de la existencia humana. Y es lógico que por entonces, final de la década de 1940, apareciesen textos como el siguiente:

J. P. SARTRE,
*El existencialismo
es un humanismo.*

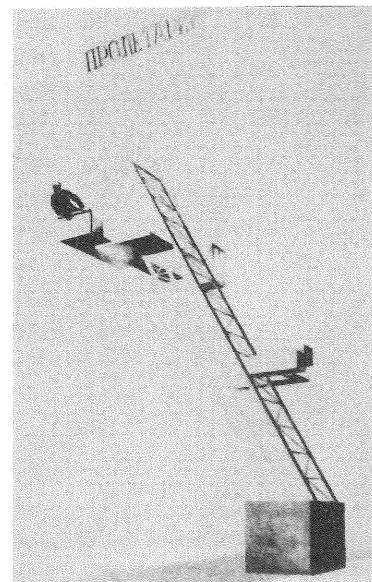
El hombre, tal como lo concibe el existencialista, si no es definible es porque empieza por ser nada. Sólo será después, y será tal como se haya hecho. Así pues no hay naturaleza humana, porque no hay Dios para concebirla. El hombre no es otra cosa que lo que él se hace. Este es el primer principio existencialista.

Los existencialistas, pese a tanto dolor y fracaso acumulado en la primera mitad del siglo más cruento de la historia occidental, parecen olvidar que todo ello ha sido producto de una naturaleza humana *muy concreta*. Una *nueva* especie de naturaleza humana condicionada históricamente no sólo por las ideologías totalitarias ya mencionadas, sino también por las miserables condiciones de existencia de la mayor parte de la humanidad.

LA BIO-POLÍTICA

Muy al contrario de lo que predicaban estos filósofos, lo cierto es que, desde comienzos del siglo XIX, la clase burguesa se había dedicado, con cierta discreción, a construir esa naturaleza humana *inexistente*. En efecto, surgen multitud de nuevas instituciones que prometen contribuir, y a veces lo consiguen, a recuperar la dignidad humana. No obstante, si las sometemos a un riguroso escrutinio, no es difícil comprobar que la mayoría de ellas se utilizan, también, como ha mostrado M. Foucault, para controlar los cuerpos y las almas de las grandes masas de población que se hacinan en los cinturones industriales.

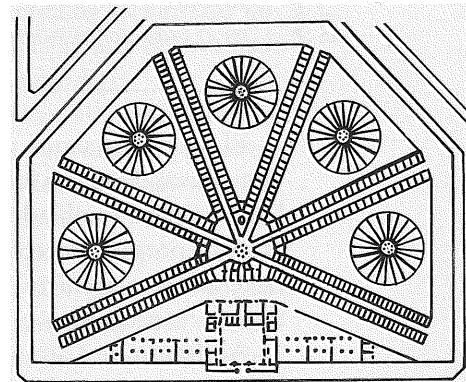
En efecto, aparecen frente a los viejos y sórdidos asilos del Antiguo Régimen, los modernos manicomios que configuran formas de locura y de control que llegarán hasta nuestros días. Las cárceles acaban, definitivamente, con los viejos tormentos físicos y los descuartizamientos en las plazas públicas, pero inauguran una



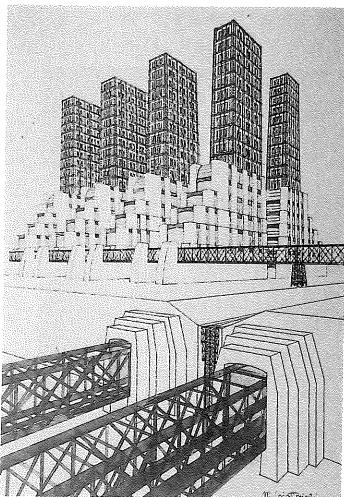
Algunas ideas marxistas tuvieron un sentido negativo desde interpretaciones específicas en la historia del comunismo. (Proyecto de Tribuna Lenin, de Lissitzky.)

3

87



*El Panóptico puede constituir un aparato de control y poder sobre los mecanismos de comportamiento humano.
(Plano de la prisión de Mazas.)*



La especialización de los saberes ha supuesto una rígida y confusa división para el ser humano en cuanto objeto de estudio.
(Puente y estudio de volúmenes,
de M. Chiattoni.)

nueva forma más sutil de suplicio a través del famoso *Panóptico*. El *Panóptico* (una especie de ojo virtual al que no se le escapa detalle), fue una invención del filántropo J. Bentham. Su estructura es simple: consiste en una torre de vigilancia, alzada en el centro de grandes edificios circulares con varias plantas repletas de celdas donde los presos nunca saben si son observados. Presos sometidos, por cierto, a un agotador régimen disciplinario que abarca cada minuto del día y de la noche a base de combinar trabajo y adoctrinamiento.

Este mismo sistema de vigilancia y control, con las bendiciones de su inventor, se extiende con gran éxito por toda Europa, no sólo en cárceles y manicomios sino en cuarteles, fábricas y, a finales de siglo, en los centros escolares erigidos por masivos programas de alfabetización y educación primaria. Se aplican programas de higiene pública para prevenir pestes y enfermedades en las periferias de las grandes ciudades que, al mismo tiempo, sirven como excusa para un aumento espectacular de las fuerzas del orden. Surge, finalmente, una ingente producción de estudios, encuestas y documentos privados en torno a la sexualidad centrados en la *histerización* del cuerpo femenino, el onanismo infantil y la psiquiatrización de los perversos.

Lo que nos interesa destacar es que todas estas nuevas prácticas institucionales legitiman y son legitimadas por nuevos saberes psiquiátricos, criminológicos, jurídicos, militares, industriales, económicos, pedagógicos y sexológicos que interactúan entre sí constituyendo lo que podría denominarse una bio-política: un sofisticado entramado de saberes-poderes que allana el camino para la explosión, ya en nuestro siglo, de la aplicación de biotecnologías dirigidas a una auténtica transformación de la naturaleza humana.

3

88

LA INFLUENCIA DE LAS BIOTECNOLOGÍAS EN LA NATURALEZA HUMANA

Como dice B. Latour:

B. LATOUR, Nunca
hemos sido modernos.

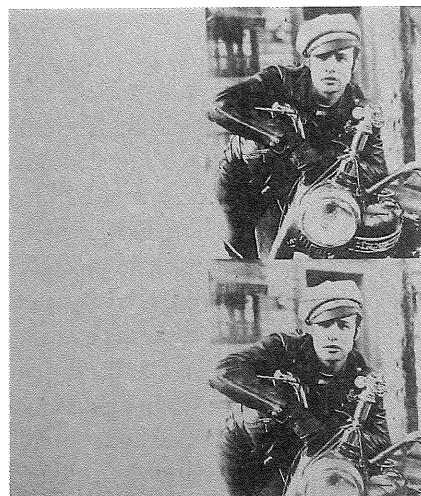
Cuando nuestro mundo se encuentra invadido por embriones congelados, sistemas expertos, máquinas digitales, robots con sensores, maíces híbridos, bancos de datos, drogas psicotrópicas, ballenas equipadas con radiosondas, sintetizadores de genes, audímetros, etc.; cuando nuestros periódicos despliegan todos estos monstruos a lo largo de sus páginas, y ninguna de estas quimeras se siente bien instalada en el lado de los objetos ni en el lado de los sujetos, ni entre medias, entonces es preciso hacer algo.

El problema actual para el hombre ya no tiene nada que ver con el fracaso del proyecto ilustrado ni con los juegos de saber-poder que hemos descrito en el apartado anterior. Las cosas han cambiado hasta tal punto que lo que parece estar en cuestión es el significado del propio concepto de naturaleza humana. No se trata de responder a una pregunta en términos platónicos, aristotélicos o cartesianos. El problema es si tiene sentido plantearse una pregunta semejante.

Al listado de Latour habría que añadir algo tan fascinante como potencialmente siniestro, en cuanto a la autonomía y singularidad de la persona humana. Se trata de la clonación, por vez primera en la historia de la humanidad, de un mamífero: la oveja *Dolly*, una *fotocopia*, como decían gráficamente los titulares de los periódicos, de un ser genéticamente idéntico a su modelo y, por lo tanto, indistinguible de él.

Para explicar el significado del concepto clonación, en un sentido genérico y plástico, nada mejor que ver *Parque Jurásico*. Por otro lado, las consecuencias de la clonación de seres humanos aparece muy bien dramatizada en la película *Los niños de Brasil* que explica, con todo detalle, la siniestra y múltiple clonación de un *ser humano* muy especial, destacado protagonista de las peores masacres de nuestro siglo: A. Hitler. Por desgracia para nuestra cultura humanista, la clonación de un hombre, técnicamente posible en la actualidad, no es más que el inicio de un programa biotecnológico que se orienta claramente a la *producción* de individuos a la carta; instalando en el genotipo del óvulo fertilizado aquellos genes que los padres consideran valiosos y eliminando otros que no son de su agrado.

Si tenemos en cuenta que la desigualdad entre países ricos y pobres no hace más que aumentar, no es imposible imaginarse una situación en la cual termine apareciendo una nueva especie humana, inmune a enfermedades y con inéditos poderes físico-mentales, que aleje definitivamente a los privilegiados habitantes del Primer mundo de los algún día, quizás, obsoletos *Homo sapiens* que pueblan el Tercer y Cuarto mundos.



La producción de individuos genéticamente iguales requiere un debate en el que intervienen la ciencia, la política y la ética.
(Doble Marlon, de A. Warhol.)

CYBORGS

3

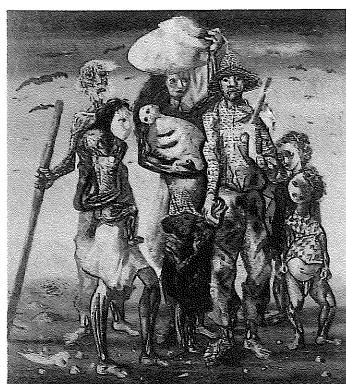
89

D. HARAWAY,
Ciborgs,
y mujeres.

A finales de este siglo, nuestra era, un tiempo mítico, todos somos quimeras, híbridos fabricados de máquinas y organismos; en una palabra, somos cyborgs. El cyborg es nuestra ontología y nos otorga nuestra política.

La palabreja, que proponemos traducir por el neologismo *ciborga* que suena más casero y menos ominoso, procede, a su vez, de un híbrido o combinación entre el término griego *kybernetes* (gobernante de una embarcación) y *org-* [anismo] (ser vivo). Del mismo éntimo se ha derivado la palabra cibernética: ciencia que estudia sistemas autorregulados de inteligencia artificial, que exhiben una increíble complejidad y que, para entendernos, tienen sus orígenes en el humilde termostato doméstico programado, con el fin de que al alcanzar una determinada temperatura se *desconecte*. Pero volvamos a los *cyborgs*.

Un *ciborga* es, en pocas palabras, un ser vivo, animal o humano, con implantes electrónicos de alta tecnología. En realidad ya existen muchos ciborgs entre las personas que nos rodean. No hay más que pensar en la gente que vive con marcapasos, riñones artificiales o prótesis auditivas. Lo que rechina como siniestro en el término es que la biotecnología no ha hecho más que empezar, y albergamos la fundada sospecha de que los ciborgs del inmediato futuro serán cada vez más sofisticados y monstruosos al dotarse a sí mismos con prótesis e implantes que sustituyan y *mejoren* sus ojos o chips para aumentar su memoria. De nuevo, recomendamos para la comprensión cabal del concepto en toda su complejidad ver películas como *Robocop*, *Johnny Nemonic* o *Matrix* y, por supuesto, reflexionar sobre ellas.



La mayoría de la población mundial está al margen de los inventos revolucionarios de la tecnología. (Los emigrantes, de Portinari.)

LA VIGENCIA DE LA REFLEXIÓN FILOSÓFICA

La vieja filosofía parece incapaz de asumir los nuevos desafíos que plantean los fenómenos que acabamos de mencionar. Sin embargo, nunca ha sido más necesaria la meditación filosófica, individual y colectiva, para reaccionar con coraje y afrontar en toda su complejidad teórica y práctica las nuevas realidades que amenazan con borrar del mapa el significado mismo de la palabra *hombre*.

La filosofía tiene que retornar a sus orígenes como pasión por el conocimiento e implacable análisis ético-político de la conducta humana o, en su caso, *ciborgiana*. De entrada, debe reconocer sin asustarse tres grandes rupturas que afectan a la esencia misma de la cultura occidental:

- Las crecientes dificultades para escindir o demarcar las fronteras entre lo propiamente humano y lo animal. El intercambio de prótesis entre ambos territorios, trasplantes y selección genética de animales-androïdes, y viceversa.
- La difuminación acelerada de las diferencias entre organismos animales, seres humanos y máquinas. Las máquinas, como recuerdan muchos sociólogos y filósofos, parecen estar cada vez más vivas, y nosotros, los seres humanos, más aterradora mente inertes.
- Asimismo, cada vez en mayor grado, los límites entre lo físico y lo no físico son angustiosamente imprecisos. Se tiene la impresión, como dictaminan filósofos y sociólogos, de que nuestras mejores máquinas están hechas de rayos de sol, son ligeras y limpias, porque no son más que señales, ondas electromagnéticas. La gente, a la vez material y opaca, dista mucho de ser tan fluida; los *cyborgs* son éter, quintaesencia. Políticamente son tan difíciles de ver como materialmente. Están relacionados con la conciencia y su simulación.

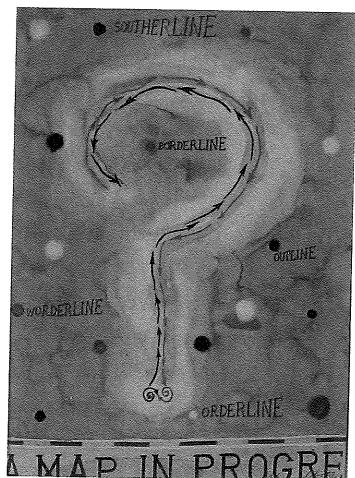
Reconocido el nuevo paisaje que tenemos que atravesar, urge una respuesta seria a todos los problemas de orden teórico-práctico a los que se va a enfrentar la humanidad en el próximo siglo. Para terminar este capítulo mencionaremos algunos de ellos cuya solución será imposible sin un renacido, sólido, imaginativo y profundo compromiso filosófico:

- Problemas bioéticos a los que ya hemos aludido: investigación y prácticas transgénicas entre animales, hombres y máquinas, así como todo lo relacionado con los *derechos de los animales* y, desde luego, de los seres humanos. Revisión de las prácticas que tienen que ver con la eugenesia y la eutanasia, desentrañando hasta el fondo sus raíces éticas y morales, y tomando claras, razonadas y terminantes actitudes al respecto.
- Problemas ecológicos, íntimamente relacionados con la destrucción progresiva del medio ambiente y con la necesidad de plantearse nuevos modelos de desarrollo económico más allá del capitalismo neoliberal y del llamado *pensamiento único*.
- Problemas, también ya mencionados, que encuentren una solución para superar, definitivamente, el abismo insoportable entre los países ricos y aquellos países pobres (la mayor parte de los habitantes del planeta) que están a punto, por nuestra culpa, de perder lo poco que les queda de humanidad.

EUGENESIA: de los étimos griegos *eu* (buena) y *genus* (especie o raza). La eugenesia pretende mejorar genéticamente la especie humana.

EUTANASIA: de los étimos griegos *eu* (buena) y *thanatos* (muerte). La eutanasia es una posición bioética que defiende el derecho de los seres humanos a escoger libremente la hora y el modo de su muerte.

- Problemas derivados del uso de las nuevas tecnologías de la sociedad de la información. Para lo cual resultará imprescindible una crítica rigurosa no sólo del funcionamiento actual de los medios de comunicación de masas, sino, también, y muy especialmente, de los paraísos artificiales puestos al alcance de las masas por el imparable desarrollo y abaratamiento de los programas de realidad virtual.



La tarea fundamental de la filosofía es comprender y relacionar las representaciones intelectuales de cada época. (Map in progress, de Cobo.)

Algunas IDEAS BÁSICAS

- Uno de los rasgos de la humanidad consiste en su increíble diversidad de organizaciones sociopolíticas, culturas, formas de vida, creencias, rituales, etc., que, sin embargo, responden a una naturaleza humana común, la del *Homo sapiens*. Debatir sobre la naturaleza humana es, por lo tanto, una necesidad derivada de afrontar esta apasionante paradoja.
- Los mitos se han caracterizado siempre por expresar, plásticamente, rasgos fundamentales del ser humano que tienden a trascender lugares y tiempos proyectándose sobre diferentes épocas históricas.
- Una de las formas de analizar la naturaleza humana es aquella que se centra en el estudio de las relaciones entre mente y cuerpo. Desde este punto de vista la mente puede considerarse, al menos, desde cuatro perspectivas:
 1. Como un *flujo de procesos* en permanente cambio y movimiento que ponen en peligro la existencia de un yo estable y, por consiguiente, de nuestra identidad personal (D. Hume).
 2. Como una realidad sustancial, el alma. Dentro de este enfoque pueden diferenciarse dos posiciones clásicas. La primera considera el alma como principio de las operaciones vitales (Aristóteles), la segunda (Platón y R. Descartes) la consideran como puro pensamiento.
 3. La mente es, aunque no sólo, conciencia y autoconciencia (Descartes, I. Kant y J. P. Sartre).
 4. La mente está determinada de manera decisiva por pulsiones e instintos inconscientes (S. Freud).
- En lo que se refiere a sus relaciones con el cuerpo puede hablarse de: *Monismo*, cuando alma y cuerpo, aunque diferentes por sus propiedades, forman una unidad indisoluble. *Dualismo*, cuando se concibe el alma o espíritu como una sustancia o realidad completamente diferente del cuerpo. *Emergentismo*, cuando se insiste en la determinación de la mente humana por el cuerpo (cerebro), concediéndola a ésta, sin embargo, una serie de propiedades *irreductibles*.
- Otra vía de acceso a la naturaleza humana es la interacción entre razón y pasión. A pesar de la leyenda negra de las pasiones que se remonta a los estoicos (Séneca, en nuestro ejemplo), las pasiones pueden ser razonables y hasta convertirse en el fundamento de una nueva racionalidad.
- En la actualidad carece de sentido seguir hablando de la naturaleza humana como algo permanente e inmutable. Estamos, por el contrario, a las puertas de una revolución bio-política y biotecnológica que transformará por completo el concepto mismo de naturaleza humana. Los *cyborgs* son una buena ilustración de todo ello.
- En todo caso, la filosofía debe volver a sus orígenes de amor por el conocimiento teórico-práctico, e intervenir decisivamente en los conflictos que desgarran la vida en este fin de milenio, comprometiéndose en una lucha por la emancipación de los seres humanos aunque sea en contra de ellos mismos.

ACTIVIDADES

Textos para comentar

Texto 1

Platón está convencido de que el alma, antes de encarnarse en un cuerpo, conocía las Ideas Eternas. El cuerpo, con sus pasiones, apetitos y deseos, corrompe el saber del alma. De lo que se trata, pues, es de purificar el espíritu mediante la dialéctica: el arte de la discusión racional. En uno de sus más célebres diálogos Platón sostiene la tesis de que, en el fondo, el conocer es recordar o, en griego, *anamnesis* (reminiscencia).

3

92

PLATÓN, *Menón*.

Pues afirman que el alma del hombre es inmortal, y que unas veces termina de vivir (a lo que llaman morir), y otras vuelve a existir, pero que jamás perece (...). Y ocurre así que, siendo el alma inmortal, y habiendo nacido muchas veces y habiendo visto tanto lo de aquí como lo del Hades y todas las cosas, no hay nada que no tenga aprendido; con lo que no es de extrañar que también sobre la virtud y sobre las demás cosas sea capaz ella de recordar lo que desde luego ya antes sabía. Pues siendo, en efecto, la naturaleza entera homogénea, y habiéndolo aprendido todo el alma, nada impide que quien recuerda una sola cosa (y a esto llaman aprendizaje los hombres), descubra él mismo todas las demás, si es hombre valeroso y no se cansa de investigar. Porque el investigar y el aprender, por consiguiente, no son en absoluto otra cosa que reminiscencia. No debemos, en consecuencia, dejarnos persuadir por ese argumento erístico. Nos volvería indolentes, y es propio de los débiles escuchar lo agradable; este otro, por el contrario, nos hace laboriosos e indagadores. Y porque confío en que es verdadero, quiero buscar contigo en qué consiste la virtud.

- Relaciona la invención del alfabeto y la importancia de la escritura en la historia.
- ¿Qué significa la expresión «habiendo nacido muchas veces»?
- Relaciona el texto con lo que hemos denominado alma y conciencia.
- ¿En qué se basa Platón para dictaminar la inmortalidad del alma?
- ¿Qué pensaría de este texto Aristóteles? ¿Y Descartes?
- ¿Dónde puede vislumbrarse el dualismo platónico a partir de este fragmento?

Texto 2

Hemos mencionado la leyenda negra acerca de las pasiones y, asimismo, la existencia de pasiones razonables y hasta de razones apasionadas. Será Nietzsche el que, a partir de la negación del nihilismo occidental, critique sin piedad una naturaleza sometida, para él, a los delirios de filósofos y cristianos. Así habla Nietzsche:

Cuál puede ser nuestra única doctrina? Que al ser humano nadie le da sus propiedades, ni Dios, ni la sociedad, ni sus padres ni sus antepasados, ni él mismo (...). Nadie es responsable de existir, de estar hecho de este o de aquel modo; de encontrarse en estas circunstancias, en este ambiente. La fatalidad de su ser no puede ser desligada de la fatalidad de todo lo que fue y será. Él no es la consecuencia de una intención propia, de una voluntad o de una finalidad; con él no se hace el ensayo de alcanzar un «ideal de hombre» o un «ideal de felicidad» o un «ideal de moralidad». Es absurdo querer echar a rodar su ser hacia una finalidad cualquiera. Nosotros hemos inventado el concepto de finalidad. En la realidad falta la finalidad (...). El concepto de Dios ha sido hasta ahora la gran objeción contra la existencia. Nosotros negamos a Dios, negamos la responsabilidad en Dios: sólo así redimimos al mundo.

F. NIETZSCHE, *El crepúsculo de los ídolos*.

Mucho más tarde, en un mundo mil veces más ilustrado, llegó a la conciencia de los filósofos, para su sorpresa, la *seguridad*, la *certeza* subjetiva en el manejo de las categorías de la razón: ellos sacaron la conclusión de que esas categorías no podían proceder de la experiencia —la experiencia entera, decían, está, en efecto, en contradicción con ellas *¿De dónde proceden pues?*—. Y tanto en la India como en Grecia se cometió el mismo error: «Nosotros tenemos que haber habitado ya alguna vez en un mundo más alto». (...) Nosotros tenemos que haber sido divinos, ¡*pues poseemos la razón!* (...) De hecho hasta ahora nada ha tenido una fuerza persuasiva más ingenua que el error acerca del ser, tal como fue formulado, por ejemplo, por los eleatas: ¡ese error tiene en favor suyo, en efecto, cada palabra, cada frase que nosotros pronunciamos! También los adversarios de los eleatas sucumbieron a la seducción de su concepto de ser: entre otros, Demócrito, cuando inventó su *átomo*... la «razón» en el lenguaje: ¡oh, qué vieja hembra engañadora! Temo que no vamos a dsembarazarnos de Dios porque continuamos creyendo en la gramática...

- Identifica aquellas expresiones que niegan la concepción tradicional de la naturaleza humana.
- ¿Qué significa la crítica de la finalidad?
- Relaciona el texto con la leyenda negra de las pasiones.
- ¿En qué medida el ateísmo de Nietzsche implica una nueva visión de la naturaleza humana?
- Ensaya una crítica del texto desde cualquier escuela o teoría que hemos estudiado. También puedes, desde luego, hacerlo desde tus propias ideas.



Revista de prensa

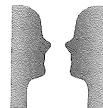
La prensa, incluida la del corazón, los documentales antropológicos, los culebrones, los telediarios, los programas de cotilleo radiofónicos y televisivos no hacen otra cosa que ofrecer imágenes de la vertiginosa multiplicidad de estilos de vida. Desde otro punto de vista, la red permite un acceso a todo tipo de lugares donde se intercambian información personas que comparten intereses comunes. Muchos de ellos exóticos y otros más convencionales.

Obviamente todos estos medios de comunicación, consciente o inconscientemente, proyectan una serie de concepciones, a menudo implícitas, sobre el hombre y la mujer contemporáneos. Atendiendo a los conceptos que hemos manejado en esta Unidad os proponemos las siguientes actividades:

1. Recopilad información recogida en los *media* y en otros como fanzines, cómics, teatro, mimo..., y tratad de clasificar, atendiendo a los criterios que creáis más relevantes, las diversas concepciones de la naturaleza humana que aparecen en las diversas secciones de prensa, series televisivas, *reality shows*, deportes...
2. Comprobad las siguientes hipótesis de trabajo:
 - a) Las imágenes que se *venden* del hombre y de la mujer son más influyentes en los medios audiovisuales que en las diversas secciones de la prensa escrita, salvo aquellas dedicadas a la moda y a los deportes.
 - b) Existen, todavía, no sólo en sectores relacionados con las iglesias cristianas y otras confesiones religiosas, sino también en el ámbito de las ONG y en determinados círculos artísticos y esotéricos, una notable presencia de muchos conceptos aludidos en el texto.

3

94



Temas para el debate

1. Sobre la base del ejercicio anterior, intentad hacer una clasificación de mayor o menor de los modelos de hombre y mujer en función de su *atractivo social*.
2. Relacionad esa clasificación con los cuatro modelos de mente descritos en el texto.
3. Haced lo mismo en cuanto a las relaciones mente-cuerpo.
4. Reflexionad sobre el *culto al cuerpo* y a la *imagen* personal poniéndolo en relación con el supuesto descrédito o devaluación de la interioridad humana. Si esta hipótesis es correcta, explicad las razones.



Propuestas de trabajo

1. Individualmente o en grupo selecciona ciertos colectivos: tribus urbanas, ejecutivos, amas de casa, estudiantes de la ESO, parados... Hazles una pequeña encuesta sobre el significado que tienen para ellos conceptos como mente, alma, razón, conciencia, pasión, eugenios, eutanasia, ciborgas...
2. Escribe un pequeño ensayo tratando de explicar las más que probables diferencias entre las respuestas de unos colectivos y otros.
3. Realiza una clasificación de los mitos más importantes de tu entorno, y de los personajes que los encarnan: actores, músicos, futbolistas... Identifica el lenguaje con el que se refieren a dichos personajes los medios de comunicación, y clasifica el conjunto de descripciones y adjetivos empleados en dos grandes bloques, referidos al alma y al cuerpo.



Sigue la pista...

3

95

Recogiendo las sugerencias en torno al mito de el Golem y la fascinación occidental por la creación de seres humanos artificiales, reflexiona sobre las cuestiones siguientes:

1. Después de recopilar toda la información sobre la clonación en Internet, discute con rigor documental hasta qué punto ese concepto implica una alteración radical de la identidad humana.
2. Analiza la película *Los niños del Brasil* y haz una exposición sobre la verosimilitud de la historia. Esboza brevemente las diferentes actitudes éticas de los protagonistas.
3. Describe brevemente algunas novelas que indagan en las consecuencias de la ingeniería genética, como *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, citada en la primera Unidad. Señala las consecuencias sobre los seres humanos de la planificación genética, tal y como se describe en dichas novelas.
4. Con la información obtenida, organizad un debate sobre el tema siguiente: *clonación, ingeniería genética e identidad personal*.

REFERENCIAS



El cine

- *Los niños del Brasil*, de F. J. SCHAFFNER, 1978.
Una reflexión bioética sobre una múltiple clonación de A. Hitler.
- *Blade Runner*, de R. SCOTT, 1982.
La espléndida historia de unos androides que se niegan a morir y se rebelan contra su creador.
- *El pequeño Buda*, de B. BERTOLUCCI, 1993.
Una presentación de dos modos de ver el mundo a través de los ojos de un niño.



La biblioteca

- LESLIE STEVENSON, *Siete teorías de la naturaleza humana*, Cátedra, Madrid, 1990.
Discusión sencilla e interdisciplinar sobre siete teorías de la naturaleza humana: Platón, El cristianismo, Marx, Freud, Sartre, Skinner y Lorenz.
- PLATÓN, *Fedro*, Espasa, Madrid, 1987.
En este diálogo se expone con brillantez el célebre mito del carro alado y la naturaleza del alma.
- ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, Espasa, Madrid, 1998.
La obra fundamental de la ética griega. La mejor ilustración del *eudemonismo* clásico y una investigación lúcida sobre la virtud, la felicidad y la naturaleza del ser humano.
- RENÉ DESCARTES, *Meditaciones metafísicas*, Alianza, Madrid, 1980.
Obra con la que nace el pensamiento moderno desde una concepción radicalmente nueva del hombre, entendido como autoconciencia: el famoso *cogito, ergo sum*.
- THOMAS HOBBES, *El Leviatán*, Editora Nacional, Madrid, 1979.
Una exposición del pesimismo mecanicista de la modernidad, inspirada en la física de Newton. Como «el hombre es un lobo para el hombre», necesita de un Poder absoluto que controle su innata agresividad, el Leviatán, es decir, el Estado.
- MICHEL FOUCAULT, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, Madrid, 1978.
Más allá de sus contribuciones a la criminología, esta obra refleja con sutileza incomparable la creación de una naturaleza humana a imagen y semejanza de los intereses de la burguesía triunfante.